

El ecosistema de cuidados en crisis: Repensar el devenir como oportunidad de transformación en las “nuevas normalidades”

Cosciuc, Lucía Pilar*
Universidad Nacional de Rosario

Recibido:
29/10/2022
Aprobado:
07/11/2022

Resumen

El contexto de pandemia por el SARS-CoV-2 puso en agenda la crisis del actual modelo de “organización social del cuidado”; que he denominado, a los fines del presente artículo, “ecosistema de cuidados” aludiendo a su evidente adecuación histórica y estructural al interior de nuestras sociedades, y a su funcional vigencia en torno a las directrices de dos variables opresivas: el patriarcado y el capitalismo. Partiendo de la afirmación anterior, a lo largo de este escrito se pretenden indagar aspectos claves de la aún vigente forma de organización de los cuidados, ahondando particularmente en las características de explotación y opresión que generan -en las existencias de las mujeres e identidades feminizadas- la reproducción de las desigualdades a través de la carga -no electiva- del trabajo doméstico invisibilizado y no asalariado. Se trata de un recorrido reflexivo en clave feminista, que busca aportar a los interrogantes necesarios e ineludibles de nuestro presente en crisis para poder avanzar, en el devenir de las ‘nuevas normalidades’, hacia la puesta en marcha de prácticas comunitarias que transformen y de políticas públicas que democratizen las estructuras que hoy nos alejan de la sociedad justa, igualitaria e inclusiva que sepamos construir.

Palabras clave

ecosistema de cuidados, feminismos, patriarcado, capitalismo, pandemia SARS-CoV-2

* Licenciada en Trabajo Social (UNR - Rosario, Argentina). Maestranda en Poder y Sociedad desde la problemática del género (UNR - Argentina). Diplomada en Estudios Feministas (Universidad Nacional del Chaco Austral - Argentina). Diplomada en Concepciones y prácticas de cuidado: hacia la construcción de un agenda colectiva en el ámbito local (Universidad Nacional de Mar del Plata - Argentina). Integrante del Centro de Investigaciones Feministas y Estudios de Género (CIFEG - UNR). ORCID <https://orcid.org/0000-0003-2225-0046>. Correo electrónico: luciacosciuc@gmail.com

Aproximaciones iniciales: despatriarcalización de los cuidados

*“En sí mismo el trabajo doméstico
es dinero para el capital,
que el capital ha obtenido y obtiene dinero
de lo que cocinamos, sonreímos y follamos”.*
Silvia Federici

Para el recorrido planteado en este artículo, se tomarán algunas propuestas teóricas que aborden la temática de los cuidados desde un cruce más amplio, el cual posibilite su actual lectura en términos de crisis y posibilidad transformadora. En este sentido, se recuperará en primer lugar a Silvia Federici (2013) para hablar de la importancia de politizar el trabajo doméstico en sus términos históricos; y en segunda instancia, a Lise Vogel (1979), quien incorpora al debate sobre el trabajo doméstico su implicancia en la reproducción social y con ella, en la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo en el marco de las sociedades capitalistas. Luego, es a partir de Paul Preciado (2019) que se interpelará la sacralización del vínculo filial-materno como reflexión necesaria para repensar ‘los cuidados’ más allá de su feminización.

Avanzado en el escrito, se propiciará una lectura del contexto de pandemia por el SARS-CoV-2 desde la vigencia de dos conceptos claves: el capitalismo y su adecuación histórica, partiendo nuevamente de las reflexiones de Silvia Federici (2013), y el patriarcado, abordado desde la definición de Heidi Hartmann (1988). Finalmente, se trazará una reflexión en torno a la actualidad de los reclamos feministas en la agenda pública; y desde allí, se abrirá el espacio de las consideraciones finales como aperturas y posibilidades de transformación en materia de organización social de los cuidados y en la elaboración de políticas públicas adecuadas. En virtud de la estructura a desarrollar, es propicio localizar un primer interrogante que abrirá la reflexión en el presente artículo: ¿qué entendemos por la *despatriarcalizar* la noción de cuidados?

Contagiar la *despatriarcalización*¹ de los cuidados, en tiempos de pandemia, se asemeja más a un título apocalíptico de ciencia ficción que a una propuesta clara de re-estructurar las tareas domésticas y de cuidado en términos colectivos. Ya bastante hemos dicho los feminismos, desde distintos ángulos y disciplinas, que nuestro –aún vigente– ‘*ecosistema de cuidados*’ se encuentra en *crisis*. Y aquí me detengo, con la probada intención de argumentar el eje que guía este ensayo alegar que ya existen pruebas, conceptualizaciones y sobradas herramientas teóricas que demuestran que tal estructura

1 Término acuñado por los feminismos latinoamericanos en las últimas décadas que hace referencia a una transformación política y decolonial que tienda a la eliminación de injusticias, discriminaciones y violencias patriarcales. La socióloga mexicana Marcela Lagarde (2012) argumenta esta conceptualización entendiendo que “con ello, se impulsa a las mujeres y, al mismo tiempo, el desarrollo de toda la sociedad y la profundización de la democracia en la diversidad. Lo que propicia el empoderamiento y la eliminación de la violencia y otras prácticas discriminatorias” (Lagarde y De Los Ríos, 2012:30).

de subordinación, invisibilización y explotación de las mujeres como responsables *privilegiadas* de los cuidados ya no puede –ni debe– continuar perpetuándose en nuestros tiempos (ni en ningún tiempo).

Como primera referencia, considero pertinente y necesario argumentar la elección del concepto acuñado como '*ecosistema de cuidados*', el cual tiene su origen –de forma análoga– en el uso en las Ciencias Naturales del primer término para hablar del equilibrio esperado en la naturaleza entre quienes integran el medio ambiente. En esta clave, el fundamento se nutre de las lecturas que las feministas vienen haciendo desde hace décadas sobre la organización social del cuidado y su sostenimiento por parte de las mujeres. Es decir, frente a una organización que se reconoce en crisis, la noción elegida evidencia la urgencia por generar de un nuevo equilibrio que se estructure de forma igualitaria en nuestras sociedades actuales.

Es en el terreno de las que –siguen siendo– trincheras domésticas, en donde nos hacemos las mujeres *cuerpo para las luchas*, por no retroceder en los reclamos ni desoír el llamado latente que tiene eco en todas las latitudes de nuestro mundo: la revolución *desde* las arcas feministas sigue enraizada en los dormitorios y en las cocinas; no porque aún no hemos sabido emerger de allí, sino porque quienes ordenan y masculinizan las estructuras que cimientan nuestras sociedades siguen afirmando que somos mejores para cuidar, para atender, para replegarnos en nuestros hogares. Tal es de efectiva y actual esta estrategia patriarcal-discursiva, que logra sin deslices distanciar eficazmente nuestros encuentros que alzan la voz.

En estas instancias, en las que tanto se habló de crisis y de salidas mesiánicas, de discursos bélicos y de ¿un enemigo? común al que combatir desde nuestras casas, se vivencia la reivindicación de viejas banderas feministas, de reclamo por la *autonomía* que aún siguen queriendo hacernos creer, a través del más vil y perverso de los discursos, que no nos pertenece por ser quienes, por naturaleza implícita, *eligen amorosamente maternar*. Y es en la no-elección de las implicancias de todas las tareas de cuidado, donde mayor evidencia hay de aquella falacia que determina el curso de nuestras vidas, aún sin ejercer la maternidad: somos el personal competente para asumir de forma exclusiva estas tareas...

¿Tareas de cuidado? Claro, porque tan sabia sigue siendo la estructura del capital en sus tiempos actuales, que continúan sin pronunciar a nuestro trabajo no-remunerado por su nombre. Solo si se nombra existe, y lo que nombramos, dentro de las lógicas asalariadas, perdería su cualidad intrínseca más noble y funcional al patriarcado y al capital: dejaría de ejercerse *por amor*, dentro y fuera de las casas, y debería subsumirse al valor de venta que le dispone el mercado en 'lo formal'. Por supuesto que esta posibilidad no es tal para un sistema que justamente, se propone reproducir y sostener a perpetuidad tales lógicas, otorgando a las *tareas que garantizan la sostenibilidad de la vida* el carácter de 'naturalmente asignadas a quienes gestan por su condición de mujeres-madres'; siendo este binomio –en apariencia indisoluble– su peón de mantenimiento *ad eternum* de roles, tareas e imposiciones que orquestan y legitiman las *desigualdades de base sexo-genéricas*.

Retomando propuestas necesarias

Nada nuevo se dijo hasta aquí del extenso abanico de consideraciones y consignas que plagan los escritos feministas en todas sus olas. Pero sí, un punto neurálgico que cabe pensar y propiciar a partir del ejercicio de revisión actual es, como dice Silvia Federici (2013), el proveernos de herramientas que permitan *teorizar y politizar el trabajo doméstico* mediante la formulación de preguntas y respuestas inéditas. Refiero a lo inédito como estrategia política para deliberar la transformación de estructuras patriarcales en un contexto de crisis global de cuidados, como bien anticipé. Dicha estrategia adquiere su horizonte de sentido al nombrar entonces el contexto coyuntural como posibilidad de nuevas formas, de '*nuevas normalidades*'²: no como proposiciones estancas que se sumerjan a las mismas lógicas de funcionamiento de aquellas que estamos intentando desbaratar; sino como propuestas superadoras que colectivicen los interrogantes y sus respuestas, partiendo de visualizar a las tareas domésticas y de cuidado, como aquellas necesarias para el sostenimiento de la vida humana y que, como tales, implican una *responsabilidad social mancomunada*.

Entendidas de esta forma, las tareas que se consideran domésticas y de cuidado no tendrían ninguna atribución y/o adjudicación específica que determine que deban llevarse a cabo según la identidad sexo-genérica de las personas o según cualquier otro vector, como la clase, origen étnico, edad, etcétera. Dicho de este modo parece simple, redundante, visiblemente inentendible: cómo es que esta estructura desigual y que 'desobliga' a unos en detrimento de las trayectorias y posibilidades de vida de otras, se sostiene como modelo hegemónico que estructura, aún con matices, nuestras sociedades.

Entonces, ¿cuál es en este marco el sentido que justificaría crear nuevos interrogantes que se sumen a los reclamos en torno a la histórica feminización de las tareas de cuidado y su invisibilización como trabajo no-remunerado? Lo que aquí me interesa destacar, como apertura para pensar tales interrogantes, es la enunciada condición de posibilidad y de transformación que se abre camino a partir del discurso de 'las nuevas normalidades', dispuestas por la actual coyuntura pandémica global a causa del SARS-CoV-2: no como estadio que se pretende *normal o normalizador* de las experiencias vitales, sino, por el contrario, como experiencia capaz de ampliar los horizontes de posibilidades de *ser y 'crear mundo'* –justamente– donde quepan todos los mundos posibles.

Esta propuesta poética y tal vez dis-tópica para las desalentadoras circunstancias que hoy nos exigen distancia, se alimenta de la inquebrantable verdad que ha movilizó a los

2 El término alude a un discurso vigente en nuestras sociedades, especialmente en Latinoamérica, que hace referencia a un punto de inflexión trazado a partir de la pandemia por el SARS-CoV-2; la cual transformó radicalmente la forma en la que las personas solían vivir, trabajar, estudiar y percibir el mundo. Se trata de una noción que ha sido muy utilizada por diferentes entidades gubernamentales.

feminismos y movimientos de mujeres en todos los tiempos; y es el detalle de 'ver el brote' aún en los territorios más estériles, no como utopía romantizada en consignas *carpe diem*: se trata de la potencia revolucionaria que reviste a las luchas colectivas de identidades feminizadas, y su auge y vitalidad actual; la cual también demostró 'poder ser' en y desde las virtualidades.

La diversidad de interrogantes que bien desglosó Lise Vogel (1979) varias décadas atrás acerca de la relación entre el trabajo doméstico no asalariado y la reproducción social -que hasta aquí he abordado como barbarie aún vigente en nuestros tiempos-, viene a constituirse con asertividad y sobrada validez en la antesala de un reconocimiento que la autora también valorizó en las demandas de los feminismos en las calles:

La repentina urgencia del problema de situar teóricamente el trabajo doméstico está enraizada políticamente en el hecho de que en la actualidad las mujeres participan de manera cada vez más activa en las luchas revolucionarias en el mundo entero (...) En la medida en que los esfuerzos por facilitar esta participación van topando con una serie de problemas, la relación general entre las preocupaciones feministas y la transformación revolucionaria se convierte en un asunto urgente. En consecuencia, los debates sobre el trabajo doméstico responden a unas realidades políticas, aunque se equivoquen al juzgar el alcance conceptual del problema. El tema esencial es el proceso de la reproducción de la fuerza de trabajo vista en su conjunto. (p. 17)

A partir del diálogo que nace en la correspondencia actual de las afirmaciones de Vogel, es posible sostener que la urgencia que interpela y moviliza las luchas de los feminismos (revolucionarias y transformadoras todas), *ha gestado y parido* a lo largo de la historia una fervorosa *razón de ser en colectivo*. Esto es: en el encuentro con las trayectorias de quienes también han sido excluidas, silenciadas y forzadas a vivir el proyecto de explotación capitalista (hoy vigente en su arremetida neoliberal en muchas regiones); el cual se ha adecuado, además, en la recurrente intersección con el patriarcado como su principal estructurador.

No es casual la analogía que hace entrañable el vínculo entre los recorridos de lucha históricos de los feminismos y la alusión a *gestar y parir* sus avances en términos políticos. Hay aquí una fuerte interdependencia de ambas cuestiones, que no sólo las expongo por su validez teórica-conceptual, sino que asimismo las considero exponenciales evidencias empíricas de lo que sucede, desde hace siglos, en la vida de las mujeres -hayan maternado o no-: la *naturalización y sacralización del vínculo materno-filial*, bien definido en estos términos por la lectura de Paul Preciado (2019). Es a partir de esta sacralización que el destino de quienes tenemos la capacidad de gestar es intervenido y sometido a la designación arbitraria de asumir(se) como principales responsables en las tareas que se desprenden del ejercicio materno-doméstico o *domesticado*; borrando así, también en palabras de Preciado, *la importancia de*

otras relaciones y con ello, sus imprimaciones políticas y de poder.

La vital importancia que tiene la anterior reflexión, esbozada de forma acotada a los fines e intenciones que se despliegan en este artículo, se centra en trazar una línea genealógica que dé cuenta de cómo a lo largo de la historia, la recurrencia de estas prácticas -si se quiere *condenatorias*- para el curso de vida de las mujeres las ha enmarañado una y otra vez en la *'trampa-afectiva materna'*. Trampa que, aún ante elevados decibeles de conciencia sobre el artífice no-natural de su destino como madres, les ha significado la aceptación de tal destino y la transmutación de la vida-deseada por causa de la siniestra y eficaz apelación a la *incondicionalidad del amor materno sobre los/as hijos/as*, perpetrada por quienes hegemonizan -históricamente- los discursos patriarcales-masculinizantes que estructuran y legitiman el entramado social.

¿Cómo evitar caer en esta trampa afectiva? ¿Qué interrogantes debemos plantearle a la actual forma de concebir el sistema de 'cuidados' para re-pensar su funcionamiento en términos de colectivización parental? ¿De qué manera se podrían garantizar las tareas de sostenimiento de la vida por fuera de su mercantilización? ¿Cuál es el horizonte posible/probable/esperado en el tránsito hacia esas 'nuevas formas' de estructurar los cuidados como responsabilidad de la sociedad en su conjunto? ¿Es posible, entonces, creer que las condiciones para tal reconversión a un *ecosistema amorosamente constituido de cuidados* han sido dadas en la actual coyuntura?

No se apela a dar respuesta en este trabajo al complejo entramado de debates que podrían abrirse con cada uno de los interrogantes anteriormente enunciados; pero sí cabe mencionar que su utilización reflexiva permite ejercitar -en la medida de lo posible- un mar de *nuevas olas* que se avencinan en cada uno de los potenciales horizontes que tracemos. Hete aquí que cada hecho probable deja entreverado un futuro abierto, cambiante, errante en su más significativa voluntad de no-ser estanco ni de establecer privilegios a partir de vectores y entrecruzamientos sexo-genéricos, raciales, de clase. La *condición de posibilidad* para transformar las estructuras que reproducen las desigualdades no parecería remota al ser considerada en estos términos y en estos tiempos. Y esto, en particular, da luz verde al principio transformador que, desde los más disímiles sectores, disciplinas y realidades afirma que nuestro sistema social de cuidados se encuentra camino a la extinción (*tal vez esto último sí, se basa en una especulación deseante en primera persona*).

De la versatilidad del capital y el patriarcado y sus mecanismos de adecuación histórica

A propósito de la trampa-afectiva en la que el sistema de subordinación hetero-capitalista y neoliberal hoy nos sigue circunscribiendo a las mujeres, es que Silvia Federici (2013) recupera la entrañable performance que ejecuta el capital en sus múltiples períodos históricos-coyunturales:

Debemos admitir que el capital ha tenido mucho éxito escondiendo nuestro trabajo. Ha creado una obra maestra a expensas de las mujeres. Mediante la denegación del salario para el trabajo doméstico y su transformación en un acto de amor, el capital ha matado dos pájaros de un tiro. (p. 38)

Se entiende que no es sólo una apreciación correcta, sino extremadamente gráfica acerca de cómo se ha manifestado en el devenir de la historia capitalista la versatilidad inigualable de cada uno de sus mecanismos de acción; todo ello en clara consonancia con su intersección en las vicisitudes del *patriarcado* como sistema de estructuración social desigual, excluyente y opresivo.

Es acerca de este modelador hostil de vínculos y principal ejecutor de las desigualdades que padecen en sus cuerpos las mujeres e identidades feminizadas, que Heidi Hartmann (1988) vino a decir:

Definimos el patriarcado como un conjunto de relaciones sociales que tiene una base material y en el que hay unas relaciones jerárquicas y una solidaridad entre los hombres que les permiten dominar a las mujeres. La base material del patriarcado es el control del hombre sobre la fuerza de trabajo de la mujer. Este control se mantiene negando a la mujer el acceso a los recursos productivos económicamente necesarios y restringiendo la sexualidad de la mujer. (p. 15)

Entender su base para detentar la subordinación de las mujeres, la extracción de su fuerza productiva en las tareas de sostenimiento de la vida y la definición de sus cuerpos y existencias como propiedades de los varones (tanto colectiva como individualmente), determina su calidad y estructuración como *modelo de expropiación marcadamente eficaz* aún en los tiempos que nos corren. Por todo ello es que se ha vuelto recurrente la afirmación –no sólo desde los feminismos– de que sólo a costa de una verdadera transformación del modelo patriarcal de sociedad y de producción de relaciones económicas-políticas-culturales y sociales, que podrán pensarse las *nuevas formas plurales, inclusivas, diversas* de ser-habitar en libertad.

Al hablar de 'capitalismo patriarcal', Hartmann (1988) enumera los elementos que entiende le son cruciales a la estructura vital del patriarcado, y que para los fines reflexivos que aquí se esbozan, pueden verse como las grietas (aunque no 'estrictamente lineales') en las que cada interrogante planteado deberá hacer mecha para consumir la extinción –a fuerza de lucha colectiva, como ya sobradamente se ha reforzado– del patriarcado en sus múltiples versiones-configuraciones:

Los elementos cruciales del patriarcado, tal como los experimentamos habitualmente, son: el matrimonio heterosexual (y la consiguiente homofobia), la crianza de los hijos y el trabajo doméstico a cargo de la mujer, la dependencia de la mujer con respecto al hombre (impuesta por los dispositivos del mercado de trabajo), el Estado y

numerosas instituciones basadas en las relaciones sociales entre los hombres: clubs, deportes, sindicatos, profesiones, universidades, iglesias, corporaciones y ejército. (Hartmann, 1988: 15)

Es conveniente en este punto visualizar, aunque el propio texto ya evidencie los matices, que estos elementos descriptos pueden verse exacerbados en nuestro contexto local-coyuntural, pero que, a premisa de lucha global, no está de más mencionar que es en otras latitudes en donde aún se responde a cada uno de estos elementos con vigentes fundamentos en su más fiel relato estricto, tal y como lo describe y define Hartmann algunas décadas atrás.

La actualidad de los reclamos: Vigencias, matices y la condición de posibilidad para trans-formar

Interpelada acerca las rupturas y continuidades de las experiencias de las mujeres y su labor como ejecutoras del trabajo doméstico no-remunerado, Silvia Federici (2013) reconoce que

Las mujeres jóvenes de hoy en día son económicamente más independientes y autónomas de los hombres. Pero el trabajo doméstico no ha desaparecido, y su devaluación, tanto económica como en cualquiera de sus otros aspectos, continúa siendo un problema para la mayor parte de nosotras, independientemente de que se reciba o no un salario por otro empleo. (p. 26)

La autora redobla la apuesta al sostener que, en nuestros tiempos, la cantidad de trabajo doméstico que las mujeres realizan, tanto remunerado como no remunerado, se ha incrementado (Federici, 2013), incluso para quienes tienen otro trabajo remunerado fuera de sus casas. El intercostal que muestra tal afirmación, en un correlato exacto y hasta exasperado en nuestra actualidad de aislamiento y reclusión en el hogar que nos exige el contexto de pandemia, evidencia que el trabajo que hacemos las mujeres al interior de nuestras casas -en términos de cuidado y sostenimiento de la estructura doméstica- no sólo se ha visto amplificado porcentualmente, sino que ha dejado al desnudo la enunciada crisis del sistema que organiza tales tareas de cuidados y designa sus respectivos roles.

¿Por qué lo enuncio -ya desde el título del presente ensayo- como la pretensión de un *eco-sistema de cuidados*? Porque en el sentido más estricto de este concepto es en donde se encuentran las bases que entiendo, permitirían la sostenibilidad de dicha estructura como una organización nueva, transformadora, colectiva... Cuyo pilar sea el respeto amoroso y armonioso por las diversas realidades que la conforman, por un lado, y el entendimiento de que la responsabilidad por los cuidados y las tareas que de allí se desprenden es conjunta e involucra en la misma medida a todas las personas que intervienen; para garantizar, de esta forma, el sostenimiento igualitario de la vida de quienes convergen al interior del mencionado *ecosistema*.

Este mismo interrogante, contiene la apertura reflexiva que permite hablar de un sistema de cuidados que se encuentra hoy -con mayor vehemencia- en crisis. Desde esta perspectiva, y tal vez en el

afán de problematizar la realidad coyuntural que nos compete, sea posible advertir una suerte de señal de alerta de un sistema que ha sentado las bases para su extinción pero que, sobre todo, las ha puesto a prueba de error a costa de la sobre-explotación de las mujeres. ¿Cómo? Al eliminar las fronteras que separaban las tareas domésticas y de cuidados de las estructuras de trabajo asalariado y de educación curricular-formal de las niñas en nuestras sociedades contemporáneas.

Los mecanismos que en la actualidad pandémica nos repliegan forzosamente a los hogares amenazan con destruir los espacios y territorios conquistados por las mujeres e identidades feminizadas a fuerza de lucha y reclamo. Los *barrotes afectivo-domésticos* siguen estando ceñidos en el hogar, y pretenden hoy volver a circunscribir -con gran fuerza y vigorosidad- a las mujeres en sus arcadas, contra su conciencia individual y colectiva... Pero, en este *remake*, apelando a viejos y perversos hábitos patriarcales: la culpabilización por no ser la *buena madre-doméstica(da)* que sus hijos/as necesitan.

Será este el tiempo en el que se escriban y asienten en 'las nuevas normalidades' los devenires que *despatriarcalicen* la estructura social de cuidado, y la conviertan en el ecosistema social y colectivo con el que las feministas venimos soñando. El tiempo es, entonces, una verdadera condición de posibilidad.

El espacio de las consideraciones de cierre y aperturas

Los interrogantes plantean ejes, cierres y aperturas. Aquí es que entiendo este entrecruzamiento de proposiciones teórico-conceptuales con lo acontecido en la realidad coyuntural como un ejercicio necesario de ida y vuelta que, en muchos aspectos, los saberes academicistas *no han sabido hacer pie*.

Allí donde los feminismos atestiguan su vigencia y la de sus reclamos y reivindicaciones, es donde muchas veces la teoría no llega, se vuelve ciega; y no tiene más remedio que ejercitarse a partir de una realidad que desconoce y, por tanto, que no será capaz de *transformar*. De esto saben mucho los movimientos de mujeres y feministas: de conversar con las más estiradas de las cofradías científicas para decir que todo saber legitimado puede ser puesto en duda aún sin sus sofisticadas herramientas de refutación. ¿Por qué? Porque la realidad de quienes habitan en los márgenes, de quienes han sido históricamente identidades subordinadas y oprimidas por el capital y en particular por su intervención patriarcal, no conocen de tales herramientas de validación científica; pero mucho tienen para decir y refutar acerca de la realidad que invisibiliza y excluye *voluntariamente* sus existencias.

Lo valiente y revolucionario en este sentido-en el de transformar un escenario desigual y excluyente-, es la lucha de quienes conocen la realidad que subordina, las causas que la determinan y que convergen en colectivos que apelan a su reestructuración; pensando en construir, en todos los polos y latitudes globales, aquel anhelado *mundo en el que quepan todos los mundos*. Hacia allí vamos los feminismos, como se dijo, en todas sus olas y tiempos.

Hoy nos convoca la estimación acelerada y condenatoria que implica vivir en tiempos de aislamiento, distancia y pandemia. Se perciben las virtualidades como formas de seguir tejiendo las redes que nos han mantenido *sororas*, valientes, juntas... Ciertamente es que el pensar en el recrudecimiento de las formas más hostiles de violencia, subordinación y opresión patriarcal, en el aquí y ahora pandémico, se evidencia una suerte de repliegue y desánimo general y masivo. Pero también cierto es que *hemos florecido* en terrenos tal vez más infértiles y estériles que estos, con la sola convicción de pensar en la condición de posibilidad para redefinir los lazos que estructuran las relaciones sociales, y con ello todas las aristas que subordinan nuestras identidades.

El ecosistema social de cuidados, en crisis, puede ser la piedra angular que cimiente, en el devenir más cercano de estas *nuevas normalidades*, una transformación de toda la estructura social. Será tarea pronta –casi inmediata– concretar estrategias prácticas y visibles que tiendan a poner en pie de realidad ese *devenir colectivo, plural y feminista*; que pueda traducirse en políticas que igualen las condiciones de posibilidad de *ser y cuidar* para todas las identidades.

Referencias bibliográficas

- Federici, S. (2018). *El Patriarcado del salario*. Ciudad autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón.
- Hartmann, H. (1988). *Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo*. Papers de la Fundación/88.
- Lagarde y De Los Ríos, M. (2012). Claves feministas para la despatriarcalización. En Coordinadora de la Mujer, *Mujeres en diálogo: Avanzando hacia la despatriarcalización* (pp. 17-38). La Paz: Coordinadora de la Mujer. Disponible en: <http://www.bivica.org/upload/mujeres-despatriarcalizacion.pdf>
- Preciado, P. B. (2019). *Un apartamento en Urano: crónicas del cruce*. Barcelona: Anagrama.
- Vogel, L. (1979). Marxismo y Feminismo. *Monthly Review*, 31(2). Traducción: Mireia Bofill.